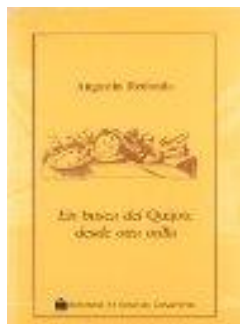


Augustin Redondo. *En busca del Quijote desde la otra orilla*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2011. 286 pp. ISBN: 978-84-96408-87-6.

Reviewed by: José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá de Henares



Augustin Redondo es uno de los cervantistas más ilustres, junto con Maxime Chevalier o Jean Canavaggio, de los que ha dado hasta hoy el hispanismo francés. Su obra en general, ya sea la que se centra en Cervantes o la que mira hacia otros horizontes renacentistas y barrocos hispanos —desde la novela picaresca hasta las relaciones de sucesos, que son algunos de los géneros que ha frecuentado— se ha erigido en intérprete aguda y erudita de nuestras letras y de nuestra cultura áurea. Y lo ha hecho desde una atalaya original y escasamente concurrida, con el sesgo particularísimo —muy atento sobre todo a lo etnográfico-sociológico y a lo cómico-carnavalesco— que orienta sus indagaciones: la de la cultura popular, con todas sus caleidoscópicas ramificaciones y proyecciones en costumbres, rituales, fiestas, creencias, supersticiones, magias y religiosidades, fantasías y fantasmagorías, sueños, prejuicios sociales, conflictos entre grupos y clases, emociones, miedos, valores...

Su último libro, este *En busca del Quijote desde la otra orilla*, es un compendio extraordinariamente maduro de todas esas inquietudes y logros. Su formato y su estilo son continuadores de otras dos obras magnas anteriores del mismo autor: *Otra manera de leer el Quijote* (1997) y *Revisitando las culturas del Siglo de Oro* (2007). Los tres títulos son compilaciones de artículos que habían sido publicados antes en revistas y en libros diversos, y que al ser reordenados y conjuntados cobran sorprendente coherencia. Lo que tiene la obvia explicación de que también el método de Redondo es muy trabado y coherente. Para interpretar cualquier capítulo o episodio, del *Quijote* o de cualquier otra obra, suele fijarse en la letra menuda, en el breve apunte costumbrista, en el indicio sembrado en algún margen que permanecería opaco o que despistaría a cualquier otro crítico. Y a partir de ahí busca simetrías, paralelos, a veces también inversiones que acaban entrando en inesperado diálogo con el tópico, la escena o el personaje que analiza, los cuales van ganando en definición, relieve y profundidad hasta que los vemos convertidos, casi de improviso, en ideas clave o que encajan en alguna de las ideas claves que sustentan el edificio ideológico de la obra que les da su marco.

Los trece capítulos que integran el libro siguen, en sus líneas grandes y pequeñas, esa estrategia en que Redondo es tan consumado maestro y que le da tan buenos resultados. Y gracias a ello encontramos aquí (re)interpretaciones llenas de intuición, erudición y novedad de partes, capítulos e ideas muy diversos del *Quijote*, que el índice del libro va desgranando de este modo:

1. De la portada al prólogo en el *Quijote* de 1605. Un problema de recepción.

2. El *Quijote*, “libro de entretenimiento”.
3. El profeta y el caballero. La profecía en la elaboración del *Quijote*.
4. El problema de los afectos.
5. Los amores burlescos.
6. El travestismo.
7. De barbas y barberos.
8. Don Quijote gracioso.
9. Dos entradas en asno del caballero don Quijote (I, 5; I,1 5).
10. El bálsamo de Fierabrás.
11. La historia de Leandra, Vicente de la Roca y Eugenio (I, 50-51).
12. El episodio barcelonés de don Quijote y Sancho frente a don Antonio Moreno (II, 61-62).
13. Fiestas en el palacio ducal: el episodio de Altisidora.

Estas etiquetas no dan una idea más que muy parcial y pálida de todas las cuestiones que van asomando y que pone bajo aguda y muchas veces audaz revisión Redondo: la oralidad y la escritura, la lectura y la lectura oral, los modos y reglas de la conversación, el significado metapoético del oráculo o de la maldición; los tan manidos problemas —vistos aquí bajo luces muy poco convencionales— de lo risible, lo cómico y lo gracioso, de la locura y sus emblemas, de los conceptos de enfermedad y sanación, de los judíos, moros y moriscos, de la rusticidad y la estupidez, de las andanzas de vagos, nómadas y pícaros, de lo normal, lo monstruoso o lo travestido, del simbolismo de los pies y las narices —y hasta del sudor—. Especial justificación me parece que tiene la equiparación —irónica, claro— de don Quijote con los héroes culturales que asumen el empeño de (re)educar y (re)formar a sus comunidades, o las indagaciones onomásticas que dan una notoria vuelta de tuerca —que llega más allá de lo que habían llegado las que dieron otros críticos— a los Pedros, los Diegos y los Morenos que campan por la obra.

La interpretación que hace Redondo, por ejemplo, del sentido que tiene en el *Quijote* el portentoso bálsamo de Fierabrás me parece especialmente afortunada y reveladora de sus estrategias críticas. Al margen de sus convincentes disquisiciones sobre la materia carolingia de la que emanó lejanamente el tópico, su análisis refleja muy bien el conocimiento profundo y la sensibilidad que caracterizan al autor en relación con la literatura oral y tradicional, y también con su bibliografía especializada. Lo demuestra cuando, en la página 186, vincula el bálsamo curalotodo con un tópico muy común en los cuentos maravillosos, el del agua de la vida que el héroe o algún auxiliar suyo han de ir a buscar con el fin de obrar alguna prodigiosa sanación: “la utilización del *agua de vida*, *agua mágica*, milagrosa, remite a una serie de creencias míticas, muy bien representadas tanto en los relatos folclóricos como en los textos religiosos (piénsese, por lo que hace al Cristianismo, en el agua regeneradora del río Jordán y, de manera general, en el agua del bautismo). Sobre el particular, véanse Mircea Eliade, *Traité d’histoire des religions*; Vladimir Propp, *Las raíces históricas del cuento...*”. Pocos críticos se han fijado con tanta lucidez en la vinculación de muchos tópicos cruciales del *Quijote* con el solar del folclore del que muchos, en última instancia, salen.

Reza la presentación del libro que los análisis que contiene son “de tipo histórico, antropológico y literario”. Yo diría que son de cariz más bien histórico, sociológico, etnográfico y literario. La antropología de Redondo es, en mi opinión, una sociología de sólida base etnográfica, sustentada sobre un conocimiento muy sutil y minucioso de la sociedad al completo, pero sobre todo del imaginario popular, de la España de los siglos XVI y XVII. Acumulado a base de analizar una enorme cantidad de obras no solo literarias, sino también históricas, religiosas, noticieras, etc.

Muchas de ellas ignotas hasta para los críticos más avisados. De ello dan fe las 25 páginas de minuciosísima bibliografía que cierran el volumen. O que casi lo cierran, porque el colofón lo pone un índice onomástico de gran utilidad.

El caso es que Redondo, con su dominio de un espectro verdaderamente enciclopédico de fuentes de la época, y con su intuición y sutileza a la hora de atar cabos e interpretar fenómenos codificados tanto en la mentalidad, el imaginario y los rituales como en la literatura de la época, logra algo que tiene muy poco parangón en nuestro panorama crítico: ser folclorista no de campo pero sí de archivo y biblioteca; lograr un entendimiento vivo y cabal de un repertorio cultural, el del folclore, que suele mostrarse muy refractario a quienes lo contemplan desde la distancia y desde el frío escritorio; construir, en definitiva, una especie de sólida y fundamentada arqueología folclórica o etnográfica de nuestros Siglos de Oro.

El libro destila, en fin, no amor, sino pasión por el *Quijote*; fascinación por la época conflictiva y atormentada —asfixiada por una Contrarreforma católica que tuvo efectos sociales y culturales catastróficos— en que fue creado; sensibilidad y piedad humana hacia muchos de los seres —especialmente los de clase más humilde o circunstancias más patéticas— que arrastran sus miserias y desnudan sus almas mientras van dando tumbos por sus páginas; y sano y justo espíritu crítico hacia algunos personajes y unas cuantas circunstancias que se hallan situados más fuera que dentro de la ficción. Lo remachan los vibrantes párrafos finales del libro: “¿No se tratará, en este episodio [el de Altisidora], de poner en tela de juicio la manera de portarse de la alta nobleza que ha llegado al poder con el duque de Lerma? Esos Grandes bien saben idear burlas crueles como las que hemos examinado o como la de Clavileño, pero son inhábiles para ejercer el cargo gubernativo que les corresponde y la justicia que han de ilustrar (así lo demuestra el caso de doña Rodríguez). Enfrascados en fiestas, diversiones y gastos, están acabando de hundir la España en crisis de los primeros años del siglo XVII...”